

En la tristeza que teníamos porque nos quitaron a nuestros hijos, estábamos juntos

Mariana Prócel

SOY MARIANA PRÓCEL. TENGO 79 AÑOS CUMPLIDOS y nací en la Provincia de El Oro, en Zaruma. Tengo un hijo. Tuve cuatro, pero sólo uno está vivo, porque antes no era permitido que hubiera una persona sana viviendo con nosotros. Algunos matrimonios, de los primeros que vivimos en este lugar, sufrimos porque no se permitía que naciera una criatura aquí. Entonces mis hijitos iban naciendo y ahí mismo se los llevaban a la Quinta de San Vicente. Allí, como eran unas monjitas muy recelosas, no los cuidaban bien porque eran hijos de enfermos. Lo mismo sucedía con las señoras empleadas. Entonces morían uno por uno y ya, cuando estaba el cadáver, llamaban a las oficinas para que mandaran a retirar el cadáver porque había muerto el niño fulano de tal. Y eso pasó con mis hijos y con otros hogares también. A mí se me murieron tres, de los que sólo me entregaron los cadáveres.

Tengo dos hermanos, una vive en Machala, la mujercita, y el hombrecito vive en Arenillas. Mi esposo falleció, van a ser tres años. También fue enfermo de lepra y se llamaba Miguel Ángel Prócel. Sonríe cuando recuerdo su nombre, o a él. Antes trabajé mucho, trabajé apoyando a los compañeros y compañeras. Trabajé muchísimo por una simpleza que nos pagaban, porque era una obligación. Ahora ya tiene algunos años que me puse mal y casi no puedo caminar. Últimamente me enfermé de la colum-

56 na, además de mis piernas que las tengo mal. Ya no tengo fuerza en los pies, ya no puedo sostenerme bien. Por eso debo estar en mi casa. Cuando Dios me da fuerza, cocino alguna cosita para comer, lavo mi ropa, limpio la casa. Es lo único que puedo hacer, otras cosas ya no puedo hacer; se acabó mi época de trabajar en tantas cosas.

Tenemos una ayuda del Ministerio de Bienestar Social que nos da diez dólares. Con eso pasamos. Aunque también nos ayudaba muchísimo el pueblo de Quito. Nos ayudaban antes, nos traían víveres y todo lo que se ocupa en la cocina. Pero ahora —por qué motivo, no sé— se han olvidado. Casi nos tienen abandonados, ya no nos ayudan. De repente, así, alguna cosita nos llega: quizá porque los tiempos también están tan difíciles y todo es tan caro. Pero nos han olvidado.

La primera semana de septiembre cumplí 64 años de vivir en el hospital. Llegué en los años cincuenta, cuando tenía 15 años. Había 130 pacientes en este hospital. Porque, paciente que venía, lo recibían, lo ingresaban, entonces no se mermaba el número de pacientes. De morir, moría bastante gente, pero también venía más gente. Yo tenía una vida muy triste, y una enfermedad muy larga. Tenía cinco años cuando descubrieron mi enfermedad. Me daban fiebre, escalofríos y me salían unas manchas en todo el cuerpo, especialmente en las piernas, como unos granitos rojos que a veces se me reventaban. En las piernas tengo unas cicatrices. De pequeña, decía: “Dios mío, ¿cómo sacarme ese grano?” Porque lo tocaba y a veces parecía que ya había salido. Una vez cogí un alfiler y le hice un trazo así, una cruz, y me aplastaba y me aplastaba, pero no salía nada. Y claro, llegó a inflamarse. Me salía pus, pero poco a poco el grano se fue. Por eso, creo yo, desde pequeña, la sociedad ya me tenía aislada. Yo no disfruté de la niñez ni de la juventud. No podía reunirme con otros niños para jugar, así como lo hacen todos. Me pusieron mis papacitos en la escuela. Antes, era de dos jornadas, uno iba de mañana y salía a las 12, algo así. Luego, se entraba a las dos de la tarde. Me fui en la mañana a la escuela, muy contenta, y volví a casa muy contenta, también. En la tarde regresé a la escuela, pero ya no pude entrar. Todos los padres de familia se habían levantado para quejarse con las autoridades, para reclamarles que una niña leprosa no podía estar junto a sus hijos, y que yo no podía estar en la escuela. Entonces, la profesora, quien era mi madrina de bautizo, ya no pudo recibirme porque había una orden de las autoridades

de no hacerlo. Regresé a la casa, recuerdo, la cabeza agachada, porque yo quería aprender, yo quería hacer algo, pero la vida no me dejó. La vida me lo negó todo. Y así a los 15 años yo tuve que vivir huyendo. Un paciente con lepra huía porque las autoridades salían a las casas a buscar a los enfermos para detenerlos y mandarlos a este hospital. En ese tiempo las personas se enteraron rápido sobre mi estado porque mi papacito también fue un paciente de Hansen. Entonces, como yo era la última hija de mis papacitos, dijeron que yo también podría estar enferma. Pero él enfermó cuando ya me había tenido. Yo pasaba todo el tiempo huyendo. Me mandaba mi mamacita al campo, por ahí me la pasaba, regresaba a la casa en las tardes. Y así pasé los 15 años que viví afuera. Entonces mi *ñañito*, que era mayor que yo, decidió dejarme acá. Somos tres hermanos. Dos mujeres y un varón. Y así, llegamos. Afuera, había una sala grande para recibir a los pacientes y nos recibió un señor Chiriboga, un señor gordo, déspota. Nos hizo pasar a esa sala y él mismo acomodó una banca y le dijo a mi *ñaño*:

—Jovencito, siéntese usted aquí, la señorita no puede sentarse porque ella está enferma.

Y mi *ñaño* se sentó, yo me quedé de pie y se fue el señor. Al ratito, llegó otro señor de apellido Castillo, y nos dice:

—Ustedes, jovencitos, ¿de dónde vienen?

Mi *ñaño* contestó:

—De la provincia de El Oro, de Zaruma.

—Y la señorita, ¿por qué no se sienta? —me preguntó el doctor.

—Es que el señor que nos recibió dijo que mi *ñaña* no podía sentarse porque está enferma —le contestó mi hermano.

—¡Ah caramba! —dijo —esto ya está de más. Acomodó una silla y me hizo sentar.

Llegamos aquí como a las tres de la tarde. Más arriba, donde estaba el laboratorio, había una casa donde recibían cuando llegaba el enfermo muy tarde, lo iban a dejar ahí para que durmiera esa noche, y hasta el otro día llevaban al señor director. Y así hicieron conmigo, al otro día, como a las diez de la mañana, llegó el señor director. Él me dio el ingreso y me pasaron al departamento del otro lado, porque las mujeres estaban ubicadas en ese otro departamento, y los varones aquí, en este departamento. Nos tenían separados. Mi mamacita y una hermanita se quedaron muy tristes. Mi

58 abuelita, la mamá de mi papá, también se quedó llorando mucho. Los vecinos se quedaron contentos de ver que la leprosa se venía para acá y que los hijos de ellos quedaban libres; no se contagiaban de la enfermedad.

El hospital era lo peor que había. Habían buscado el hueco más abandonado, más alejado, más terrible. Parecía un cementerio y habían hecho las casas propiamente para el enfermo de lepra. Aquí no se veía un solo vecino porque no había una sola casa alrededor. No se vio durante años ni una sola casa alrededor. Estábamos aquí encerrados, había unos tapias altísimos. En cada habitación había dos o tres personas, porque hubo un tiempo en que ya no alcanzaban. Así era tanto en el departamento de mujeres como en el de hombres. Con los hombres no nos podíamos ver. Había, en la esquina del pasillo, un árbol de guabo grandote y ahí se subían los jóvenes de aquí para vernos desde el otro lado. A ellos los multaban cuando los pescaban encima del guabo. Pagaban las multas con lo que en ese entonces nos daban —lo que serían los diez dólares que recibimos ahora—, era una simpleza, se le llamaba *masita*. Entonces, los multaban con dos o tres *masitas*. Les dejaban de dar la *masita* durante tres meses, por ejemplo, sólo porque se habían subido al guabo, para ver a las mujeres del otro lado. El plan era ver al amor de la vida o a la futura esposa. Así era la vida de nosotros.

Cuando yo llegué, la iglesia estaba allí, pero en medio estaba bien tapado, entonces no nos veíamos, aunque los hombres estuvieran allí en la iglesia y nosotras del otro lado. Afuera también estaba dividido: de un lado estaban los sanos, y aquí estábamos nosotros los enfermos. Allí estaba dividido sólo con esas pantallas en los vidrios, había unas ventanillas, pequeñas, nomás para poder recibir la comunión. Era muy triste, fue lo más triste este hospital. Era terrible, una soledad inimaginable. No venía nadie, estaba prohibido completamente. Ni en diciembre venían a visitarnos, por la Navidad. Lo mejor que teníamos era el 15 de agosto cada año. Era nuestro aniversario, entonces hacíamos unas lindas fiestas. Esa casita que está allí abandonada era el proscenio. Sí, desde unos dos meses antes, se ponían a enseñarnos los números de baile, el sainete, lo que sea. Cantábamos, bailábamos, y ya cuando iba a ser el 15, nos pasaban al proscenio para que repasáramos cómo íbamos a salir, cómo nos íbamos a presentar. Pero veníamos bien cuidados por los empleados, por el sacerdote de este hospital, por la madre superiora; no nos dejaban ni alzar la vista, teníamos que mantenerla

baja. Todos ensayábamos igual, porque los hombres ensayaban aquí, nosotros ensayábamos allá. Entonces aquí ya nos juntábamos para hacer el ensayo general. Y así cada 15 de agosto, se armaba una buena fiesta. La gente venía, todito esto se llenaba, había permiso para que entrara el público pagando dos sucres (la moneda en ese entonces), y tuviéramos una pequeña ayuda. Ya cuando no cabía aquí la gente, se quedaba arriba, porque arriba era un bosque, todito era bosque. No se veía ni volar a los moscos. Y entonces eran dos días de presentaciones, la pasábamos bonito. Después del 15 de agosto, volvíamos a lo mismo. A la soledad de siempre.

Mi esposo era el que sabía mucho sobre la historia del hospital, porque él llegó primero. Dependíamos de la asistencia social, no dependíamos del Ministerio. Esto había sido una hacienda, y ciertamente nos venía la leche, el queso, la carne, bastante. Pero después hubo rumores de que la habían vendido y nos dejaron sin nada. Y así iba pasando el tiempo y fue mejorando. Cuando llegué, sólo estaban los pabellones. Estas casitas las hicieron después. Porque ya había padres de familia que tenían hijos, cuando dieron permiso para que tuviéramos a los hijos aquí. Yo tenía a mi hijito que estaba afuera en otras casas. Entonces ya me dieron permiso para que lo tuviera acá adentro. Los últimos matrimonios ya se quedaron viviendo aquí. Tenían los hijitos y ya se quedaban con los hijitos. Un señor Engel de Alemania vino y nos hizo las casitas para todos los matrimonios. Por lo tanto, esas casitas no son hechas por el hospital, sólo el terrenito es del hospital. Una foto tenemos con él. Ahora estamos preocupados porque ya nos quitaron una parte del hospital. Estamos viviendo en este pequeño espacio. Y todavía nos sentimos amenazados, porque se dice que quieren mandarnos a todos a otras partes. Los más buenitos que se vayan con las familias y, los que ya no podemos ni caminar, nos quieren meter en un asilo o donde sea. No podemos vivir tranquilos. Nos arreglaron las casas, lo hicieron unas damas. Ellas le pidieron al señor director que, como ya éramos poquitos, nos dejaran tranquilos aquí. Ya parecía que podíamos estar tranquilos, pero otra vez la novedad era que estaban viendo cómo mandar a todos los que están mejor donde sus familias. Y a los que ya no valemos, nos quieren mandar a alguna parte. Cosa que no debería suceder nunca. Y es que el hospital lo hicieron sólo para el enfermo de lepra. Yo quisiera que todos los señores que ahora están ocupando el hospital, lo hubieran conocido como era antes. Aquí se

60 lloraban lágrimas de sangre. Porque no se soportaban la soledad, el abandono, la humillación. Porque a uno lo tenían abandonado, los empleados no se acercaban a nosotros por miedo al contagio.

Cuando yo llegué al hospital, el doctor Luis Rendón era el director. Un gran médico, un gran señor, muy humano. Antes, nadie, nadie, nadie nos visitaba; no teníamos ayuda de ninguna parte. Y este doctor, de ver la soledad de nosotros, el sufrimiento de nosotros, tocó a las puertas de la gente rica, iba donde había buenos artistas y los traía. Arriba, en el corredor ancho, hacíamos el proscenio, y los artistas presentaban sus canciones, muchas veces bailaban, aunque siempre apartaditos, apartaditos. El paciente de un ladito, los señores del otro lado. Él por ahí buscaba ayuda, pedía que nos regalaran ropita, pedía que nos regalaran zapatos. Una vez al año, por lo del 15 de agosto, le regalaban zapatos para todos los hombres y para todas las mujeres. Aquí no podía venir otro paciente que no fuera leproso. Esa ha sido siempre la palabra. Porque aquí le han cambiado de nombre a la enfermedad, le llaman enfermedad de Hansen. Pero no es fácil cambiar de nombre, porque la enfermedad sigue siendo lepra y seguiremos siendo los leprosos, lázaros, como nos decían. Hicieron muy mal en quitarnos el hospital, pero, bueno, ya estamos aquí poquitos. Y, aun así, no queremos vivir con la amenaza de que ahora estamos aquí y mañana ya no podremos estar. Nadie aguanta eso. Todos sufrimos, no sufro sólo yo. Ahí está don Cabrera; siendo hombre, sufre de pensar a dónde los mandarán. ¿Qué familia va a recibir a una persona que lleva tantos años lejos de su tierra, lejos de su casita, lejos de la sociedad, en una palabra? Nadie. Yo confieso, a pesar de que yo me hago la dura, no depende de la persona. Somos seres humanos y tenemos sentimientos.

Nosotros tenemos hecha la vida aquí. El doctor Luis Rendón había dado un permiso para que tuviéramos aves, puercos, cuyos, conejos, teníamos de todo. Ahora ya no. Ahora, si uno tiene alguna cosita hay que tenerla con mucho cuidado, con miedo de apegarnos por si las autoridades llegan a saberlo y nos la quitan. Antes de que se hiciera el hospital, había sido una montaña y la escogieron para hacer el hospital. Mi esposo y todos los que estaban antes aquí, hablaban de eso y de que sólo había árboles. Es que, en realidad, querían que estuviéramos muy separados de la ciudad, de todo, de la sociedad, en una palabra. Aquí nos botaban nuestros familiares, nos

traían, y cuando nos venían a dejar, decían que ya no podrían regresar. Nos tenían aislados completamente, y yo hablo con la verdad en mi corazón. Nadie quería saber del enfermo. Por ejemplo, algunos niños —claro, lo habrán oído de sus papás—, cuando veían a un enfermo de lejos, le apuntaban con el dedo, viendo cómo caminaba. Se burlaban si no podía caminar bien. Dentro del hospital, claro, nos trataban con pena los trabajadores sanos, pero de bien lejitos. Nunca nos podíamos acercar, ni ellos se podían acercar a nosotros. Porque el recelo era muy muy grande, nos tenían como perros sarnosos. Nos corrían como si fuéramos a contagiarles. El enfermo de lepra ha sufrido mucho, mucho. Eso fue muy terrible. Había empleados sólo para la cocina. Aquí nos atendíamos entre los mismos enfermos. Los que estábamos mejores de salud, cuidábamos a todos los que estaban mal. Les pasábamos la comida, los bañábamos, los aseábamos, limpiábamos las habitaciones, nos curábamos entre nosotros. Todos sabíamos inyectar, hacíamos la enfermería y la tornería. Las compras las hacía alguien para nosotros porque no nos era permitido salir. Había que hacer una lista de todo lo que queríamos, así fuera un plátano. El señor tornero tomaba nuestros pedidos y se iba al centro a hacer las compras dos veces por semana. Nosotros trabajábamos antes, bastantísimo, sirviendo a los compañeros. Todos, en realidad. Era obligatorio, porque si alguno decía “no, yo no hago este mes”, el señor director, por más bueno que fuera, lo castigaba, le hablaba y lo obligaba a trabajar. Así fue nuestra vida. No podíamos descansar ni un ratito, como éramos tantos pacientes y había siempre muchos casos de gravedad. Para una curación pasábamos casi desde las siete de la mañana hasta las dos de la tarde. Los mismos pacientes se inyectaban, porque cuando el enfermo necesitaba una inyección, se le daba. El compañerismo surgió de allí. Poco a poco fueron entrando enfermeros sanos a brindar servicio.

Hubo también un director bueno, el doctor Garzón. Era muy bueno, aunque también hubo disgustos con él. Una anécdota que nunca olvidaré tiene que ver con una de esas celebraciones del 15 de agosto. Vino un artista muy conocido a la fiesta, el señor Luis Herdoiza. Nosotros queríamos seguir disfrutando, pero ya no querían que siguiéramos y el doctor nos preguntó, bien enojado: “¿No están cansados?” Y dijimos: “No, todavía tenemos una media hora”. El doctor Garzón se disgustó y nos castigó con una *masita*. Habían pasado ya unos seis meses de que no nos la pagaban. Por eso, un

62 grupo de pacientes —en el que había estado mi esposo, aunque no me contó que estuviera involucrado en eso—, hicieron desaparecer al señor Luis y lo llevaron a una casita que ahora está abandonada, frente a ésta. Ahí se reunieron estos pacientes y hablaron con el señor Luis, le dijeron que ya teníamos seis meses sin *masita*, y que no teníamos ni para comprar un pan. Él, inmediatamente dijo: “Tengan por seguro que volverán a tener la *masita*”. Hizo gestiones y eso lo llegó a saber el señor director. Efectivamente, nos pagaron la *masita* rápido, por medio del señor Luis. Pero el señor director le reclamó y le prohibió que volviera a venir con nosotros el 15 de agosto. A partir de entonces, el señor Luis ya no volvió a venir, pero cada 15 de agosto, por la radio Tarqui, siempre nos mandaba un saludo, y nos deseaba una buena fiesta. Nosotros, cuando era cumpleaños de la radio, le mandábamos la tarjeta y el ramo de flores.

Muchas personas han muerto, porque antes se morían uno o dos pacientes seguidos. Igualmente, llegaban dos, tres, a cambio. Y, claro, extrañábamos a los que se morían. Algunos también se iban, pero regresaban porque la sociedad ya no los dejaba estar en sus casas, entonces tenían que regresar al hospital. Muchos volvían y morían aquí, muchos otros morían afuera. Era muy triste. Es que nos sentíamos como familia todos, porque antes había mucho compañerismo, nos comprendíamos mucho. No digo que no hubiera pequeños disgustos, pero pasaban, había mucho perdón. Cuando se moría la gente, todos acompañábamos. Muchos llorábamos de ver que se iba fulano de tal, que Dios se lo llevaba. También, cuando se iba alguna persona a su casa o a su tierra, nos quedábamos llorando, tristes, porque era como si se hubiera ido un familiar.

Pero en medio de todo yo sí quería casarme. Y es que cuando vine, dejé allá a un primer enamorado. Vine ilusionada y sufría también porque dejaba al primer amor. Tuve en realidad dos enamorados, pero uno me gustaba más que otro. Entonces, llegué y aquí conocí a mi esposo. Él ya estaba aquí. Y tuve cuatro hijos, de los cuales uno vive. Mi esposo enfermó y aquí murió.

El doctor Rendón es con quien ya tuvimos permiso de tener pareja. Claro, habían esperado el permiso del Santo Papa. Me vio cuando se subió al árbol de guabo. De lo contrario, hubiera sido imposible, porque había unas puertas grandototas, y las pequeñas tenían unos huequitos que nosotros mismos hacíamos con el berbiquí, sólo así podíamos vernos. Los hombres

hicieron lo mismo en su puerta para vernos. Las fiestas de agosto eran las únicas oportunidades que teníamos para vernos cara a cara. Aunque fuera de lejitos, porque las autoridades no nos dejaban acercarnos. Nos veíamos, y entonces ahí ya nos caíamos en gracia.

Con mi esposo fue así. Nos conocimos a través de esos huequitos y por el árbol al que él se subía para verme. Cuando veníamos a ensayar los números artísticos para presentar el 15 de agosto, ahí nos encontrábamos. Así nos conocimos y comenzamos con las cartas. Bueno, él comenzó a mandarme las cartas. Yo me tomé un tiempo para contestarle. No le contesté enseguida, porque no quería que pensara que yo era fácil. Las cartas llegaban en los canastos con ropa sucia. Antes, a las doce del día abrían las puertas grandes, lo hacían dos empleados de afuera y una madre superiora. Abrían primero la de hombres, ellos dejaban ahí en el pasadizo los canastos de ropa para lavar, mientras que del otro lado estábamos las mujercitas lavando la ropa. Entonces cerraban la puerta. La abrían nuevamente para que nosotras entráramos, recogiéramos los canastos y saliéramos. Entonces, en el canasto, en la bastilla del pantalón, metíamos los papeles, las cartas. Sí, porque la madre superiora revisaba la ropa, abría los canastos y buscaba en los bolsillos, nosotros teníamos que ver la manera de esconder las cartas. Papel viene, papel va. Había, allí en medio, una tapia, la más alta. Y había un señor Vivar, uno altote, compañero enfermo de nosotros, ¡ay!, pero qué bueno era. Nos ayudaba con las cartas. Hacíamos la carta, la envolvíamos, hacíamos un paquetito pequeño, lo amarrábamos bien y le rogábamos que lo arrojara para el otro lado. Y nuestros enamorados estaban esperando detrás de la tapia a que cayera el paquetito. Con esto, a mí me pasó algo gracioso. Me estaba ayudando el señor Vivar con el papelito y cogió la cartita para lanzarla. Él no tenía deditos, los tenía como doblados. “¡Ay!”, decía, hablando él solito, “Miguelito, allá te va, allá te va”. Bien bajito porque nadie podía saber que estábamos en eso, ni escucharnos. Cogió el paquetito y lo arrojó, pero cayó sobre la tapia. Se quedó meses, meses, ese paquetito encima de la tapia. Todas las mañanas me levantaba para ver si había caído con el viento, para recogerlo y que no cayera en otras manos. Una mañana, me levanté y ya no estaba el paquete. Comencé a buscar y a buscar hasta que lo encontré, yo misma lo cogí y lo guardé. Así era la vida de nosotros, y todos los enamorados se carteaban, toditos.

Mi marido comenzó a escribirme pero le hice sufrir un poco, y ahí fuimos ya enamorándonos, enamorándonos. Al final, nos fuimos a Zaruma para casarnos. Fuimos con mi papacito. Después de un año, volvimos porque yo había quedado embarazada, y la enfermedad volvió a molestarme. Volví a tener esos granos, los dolores de los huesos, ya no podía quedarme ahí, me la pasaba en la casita encerrada. Mi esposo no conseguía trabajo, no le querían dar porque sabían que se había ido de aquí. La vida se nos hizo muy dura, y nos venimos para acá. Yo ya estaba embarazada y di a luz aquí. Dos hijos se me murieron en la Quinta. El otro se murió en la casa. Venimos acá, no pude dar a luz. Llamábamos, ahí estaba de director el doctor Luis Rendón. El doctor Gonzalito era el médico tratante. Llamábamos al doctor para que fuera a atenderme. El doctor Gonzalito estaba bravísimo con nosotros porque el doctor Luis Rendón nos había dado el permiso para casarnos. Decía que si él nos había dado el permiso para casarnos, que entonces lo llamáramos a él para que me atendiera. Todos los compañeros, viendo que yo estaba tan mal, le gritaron a mi esposo: “Coja camino, que nosotros los respaldamos. Vaya a casa del doctor a buscarlo”. Entonces él se las arregló para salir por la ventana, pues en ese tiempo no nos dejaban salir, y se fue. Cuenta que como ya le habían avisado al doctor Gonzalito, él había tomado su carro para venir. Entonces por ahí en el camino se encontraron, lo hizo subir al carro y vinieron para acá. Pero a pesar de eso, no pude dar a luz. Me llevaron a Maternidad. Y en Maternidad pensaban que yo iba a morir. Luego de dar a luz no me dejaron siquiera tocar a mi hijo. Me enseñaron a la criatura, quería tomar su cabecita, tocarlo, pero me lo retiraron. Dijeron que no, que no podía tocarlo y que debía dejarlo allí. Entonces me vine con las manos vacías. Retuvieron al niño en maternidad durante ocho meses. Luego, obligaron a Miguel Ángel a que fuera a dejarlo en casa de mi mamita. Miguel Ángel pidió por ahí una platita, porque no teníamos nada, y se fue a dejarlo. Supimos que le había dado parálisis infantil. Se había quedado paralizado de un lado. Después, Diosito, que hace las cosas, le dio una fiebre y falleció.

A veces pienso que hubiera preferido que a mi hijo, al que está vivo, también lo hubieran sacado de aquí. Porque él se daba cuenta de todo lo que pasaba aquí. Tenía dos años y medio cuando me lo quitaron. Vino una monja, Blanca Gutiérrez, enferma de lepra también, quien, sin que nosotros lo

supiéramos, había estado gestionando con unas monjas que hay en Conocoto, para llevárselo. Entonces, un mediodía, yo estaba cocinando, estaba preparando unas arvejas. Cuando estuvieron listas, se las puse a mi hijito en un jarro y se sentó en una gradita que hay para comer. Luego, vino corriendo y gritó: “¡Papito!”; Miguel Ángel demoró en llegar. Cuando lo vio, corrió, lo abrazó, y le preguntó qué pasaba. Y él respondió: “Vino la madre a decirme que a las tres de la tarde tenga listo todo porque me vienen a llevar”. Había otra familia, otro matrimonio que había tenido un hijo varoncito de la edad de mi hijo, y también se lo iban a llevar. El papá se llamaba Absalón Andrade, la mamá se llamaba Apolonia Alcivar. Entonces, a las tres de la tarde, vinieron esas monjitas para llevarse a los niños. Nosotros no pudimos hacer nada. Fue una orden terminante, que sacaran a los niños. Mi hijito y el amiguito andaban contentos por los pabellones despidiéndose, no sabían lo que iba a pasar, criaturas inocentes. Despidiéndose de sus compañeros, diciendo que se iban, que se iban a otra parte. Llegó la hora y nos llamaron desde la ventanilla para que saliéramos con los hijos. Salimos, yo con mi hijito, la otra familia también con su hijito. Y toditos los compañeros, toditos, detrás de nosotros, lloraban. Iban como en procesión porque querían mucho a las criaturas. Como no había más niños, no hubo más nada aquí.

Llegamos hasta la puerta, donde estaba una monja del otro lado. Me extendía los brazos, yo le extendí los brazos con mi hijo, y lo tomó. Mi hijito, ya viendo la cosa seria, me volvía a extender los bracitos para que lo tomara de vuelta y ya no pude hacer nada. Como a los dos meses, los trajeron para que los viéramos. Mi hijo estaba bien flaquito, negro se había puesto, y él es blanco. Negro, flaquito, huraño con nosotros. Nos veía, nos veía, y como no había permiso de que nos acercáramos, no podíamos abrazarlo. Lo habían llevado a un hogar en Conocoto que recogía a los niños abandonados, a los niños que tenían un cierto vicio. Y después de unos cinco años, nos lo devolvieron, cuando el director era el doctor González. Nos obligó a rentar un cuarto en la Vicentina y a que fuera Miguel Ángel a traer a mi mamá para que cuidara a mi hijo en la Vicentina. Nos cobraban 50 sucres por mes. Por otro lado, como a la mamá de Wilson, el otro niño al que también se llevaron, ya en ese tiempo le dieron el empleo de enfermera con nombramiento, pudo ir a vivir en un cuarto afuera y se llevó a su hijo. Pero yo como no tenía nada, mi esposo se fue a traer a mi mamá, y estuvo un año allá arriba. Ya

66 después, ya no teníamos cómo pagar los 50 sucres todos los meses. Le dijimos al doctor que íbamos a mandar a mi mamita a su casa y que mi hijo se tendría que quedar con nosotros. Dijo: “No, yo voy a ayudarles a pagar este año”. Él pagó un año. Pero, después, dijimos “esto ya es mucho” y mandamos, en secreto, a mi mamá a mi casa en El Oro, y nos trajimos a mi hijo. Luego, el doctor nos reclamó, y dijimos que mi mamá ya se había querido ir y que habíamos tenido que dejarla. Después, tuvimos que hablar también con la trabajadora social, porque había una y era tan mala, tan recelosa. Ella buscó otra casa para que sacáramos tanto a mi hijo como al hijo de Andrade. Y fueron a dejarlos en esa casa.

El hijito de Andrade se había quedado muy tranquilo, pero mi Jorgito no había querido quedarse ni muerto, pegado al papá, prendido de las piernas del papá. El papá sacó la correa, le dio sus buenas correadas, porque nosotros ya no teníamos ni cabeza para pensar qué hacer con la criatura. No nos dejaban vivir en paz. Pero, al final, unos señores le dijeron: “No le pegue, señor, a la criatura. No quiere quedarse, lléveselo nomás”.

Ésta es una casa que recibe a toda clase de niños, niños con defectos. La vida ha sido muy dura. Sufríamos porque iban viniendo los hijos y no teníamos ni plata y ya sabíamos que apenas llegado el hijo, nos lo quitarían. En cuanto a la vida en pareja, Diosito bendijo nuestro hogar, nos llevábamos muy bien. Claro, siempre hay problemas, no se puede decir que no, pero nos llevábamos muy bien. Nos comprendíamos. Pobrememente, luchamos y así llegamos. Él falleció cuando teníamos 57 años de casados. A esa edad falleció mi *patojito*, así lo llamaba. ¡Todo extraño de mi *patojito*! Parece que en los hogares pobres —por la pobreza que uno pasa, por las necesidades que uno tiene—, hay más comprensión.

Tengo muchos recuerdos con él. Hacía ya unos dos años que había perdido la vista, ya casi no podía caminar. Él me decía, “mi hijita, tanto te hago sufrir”. Porque yo me la pasaba cuidándolo, cocinándole, dándole de comer a la hora que él quisiera. “Tanto te hago sufrir, Marianita”, y me decía: “El que muera primero, dichoso, porque sea uno u otro, nos cuidamos hasta el final, y nos damos el entierro. Pero el que se queda solo, es el perjudicado, porque no hay quien lo cuide”. Dios se acordó de él primero. Hubiera sido triste tal vez que me fuera yo primero. Él ya no tenía vista, ya no podía caminar solito. Yo le hacía todo, lo atendía en todo. Tuvimos muchos momen-

tos lindos. En la tristeza que teníamos porque nos quitaron a nuestros hijos, estábamos los dos juntos, él me consolaba con palabras bonitas. Y yo también lo consolaba a él. Haciéndome la dura, sacando las palabras de donde no las tenía, esos son los recuerdos más bonitos. Él me decía que me quería mucho, que me amaba mucho, que era todo para él. Aquí sufríamos mucho porque nos quitaban a nuestros hijos, no por la vida de pareja. Y ahora que ya se murió mi esposo, se acabó todo para mí.

Ahora aspiro, sinceramente, a que nos dejen en paz a todos los pacientes que aún vivimos en este hospital. Que a todos nos dejen vivir nuestros últimos días tranquilos. Un día nos dicen que nos van a sacar, otro día nos dicen otra cosa. Nos tienen en la mentira, engañados, eso es lo peor. Así, uno sufre, se acaba. Por eso yo quiero que, afuera, sepan cómo era el hospital antes, cómo es ahora y cómo hemos sufrido, sobre todo los que venimos primero. Eso quizá permita que nos dejen morir en paz ya en este hospital. Que las autoridades no nos amenacen con sacarnos. Que nos dejen, al grupito que estamos aquí, terminar los últimos días de nuestra vida.

Ojalá supiera que van a atender nuestro pedido. Tengo miedo de que vengan con alguna cosa contra nosotros. Tengo miedo y estoy sufriendo.

25 de septiembre de 2014